

# Mi tiempo

“No tengo tiempo”... “Quiero ganar tiempo”... “Me hacen perder el tiempo”...

Diez veces, veinte veces al día oímos o pronunciamos frases de este tipo. Nuestra civilización entera está atravesada por una sicosis de aceleración: trabajamos, nos desplazamos, se vive cada vez más deprisa... para ganar tiempo. El AVE, los satélites, internet, la televisión.... No tienen otro fin, parece, que el de abolir las distancias temporales y espaciales, de dar al hombre el dominio de la “función espacio-tiempo”...

¿Qué es pues el tiempo, mi tiempo, ese valor que pierdo, que gano, que economizo, que a veces me evita, a veces me pesa, siempre me preocupa o me obsesiona? Si decimos que “el tiempo es oro”, a menudo valoro mi tiempo más que mi dinero ¿porqué?

Mi tiempo no es una cosa, un bien que es exterior como lo sería un bolígrafo o un libro. Mi tiempo, es la duración de mi vida, es la vida misma; no es un tener, es mi ser; es ese número limitado de años, con un final incierto, que separa mi nacimiento de mi muerte. ¿Soy generoso con mi tiempo?-es mi vida la que, poco a poco, pierdo; ¿soy avaro en esto? - ¿defiendo mi egoísmo, soy generoso, dispuesto a dar una parte de mi tiempo a otro? – realmente es una parte de mi vida lo que doy. Mi tiempo es, en realidad, yo mismo.

A comienzo de un año de trabajo y de servicio a nuestros jóvenes hermanos y hermanas, la organización de nuestro tiempo tiene una importancia fuerte y clara.

Primero, una observación general: hay, dicen, dos formas de perder el tiempo: no hacer nada, y hacer naderías.

No hacer nada a la hora del trabajo, es perder horas preciosas, faltar al deber. El perezoso habitual no será un buen scout. Pero hacer minucias es una tentación más frecuentada e insidiosa. Se da la ilusión de hacer alguna cosa: de hecho mariposeamos, nos entretenemos, hacemos escarceos, retozamos,

jugueteamos. Ojear un libro cogido al azar, después escuchar algunas canciones, correr a casa de un amigo sin motivo preciso (y hacerle perder a él tiempo), entrenarse en la calle viendo escaparates....: no es ni trabajar, ni descansar, es perder horas y en realidad, aburrirse. Sepamos levantarnos, dormir, comer, trabajar, descansar, hacer deporte, leer, ver la televisión... en su momento oportuno.

Hay necesidad pues, para muchos de nosotros, de tener una agenda y consultarla. Pero cuidado, no vayamos a tener, como una persona que conocí, tres agendas: una en el bolsillo, otra en el teléfono y otra en el despacho: ¡imaginaros las interferencias!

Como jefes, seamos económicos y prestemos atención al tiempo del otro. Enseñemos a los más jóvenes a emplear bien su tiempo: es uno de los más preciosos servicios que podemos prestarles. Establezcamos el programa de la reunión, de la salida, de la acampada, sin tiempos muertos ni atropellos. Fijemos el horario con los asistentes, los JPs, el consiliario: es muy perjudicial, a ojos de todos, dejar a estos ante la ignorancia de "lo que tenga que pasar, pasará" (salvo en los casos de juegos sorpresa, alertas). En el campo sobre todo, el desdén con el horario es eminentemente anti-educativo. Hagamos frente al imprevisto, por cierto, pero sin perder de vista la vuelta a la normalidad y a la persecución de los objetivos marcados. No se trata de ser un "maniático del reloj", sino un gestor espabilado, económico con este bien precioso, el único puede ser que no recuperemos jamás: el tiempo, la vida misma que Dios nos da a todos.

El problema de la organización del horario de las actividades scout no puede ser tratado aquí. Insistamos en el orden general de nuestra vida personal. Un hecho que nos aclara: los santos fueron todos avaros y desprendidos de su tiempo: avaros para ser desprendidos al servicio máximo de Dios y del prójimo.

**Tiempo de trabajo:** pongámonos a trabajar sin reparo; guardemos, si es posible, los trabajos difíciles para los momentos en los que estemos "en plena forma", las tareas fáciles para los momentos de menos vigor. A igualdad de cosas, empecemos por el trabajo más urgente, por el que nos cueste más... Reservemos al estudio un tiempo calmado, una duración continua.

No escatimemos el tiempo de sueño. Pero durante el día, sepamos que un cambio de ocupación nos espera. Este tiempo varía mucho según la situación de cada uno. Familia y amigos esperan una parte de nuestro tiempo y tienen derecho a ello. Agrupemos, si es posible, las visitas a realizar o a recibir,



correos que contestar, llamadas que hacer, para evitar cortar en pequeños trocitos el tiempo de trabajo.

**El tiempo libre** no será fructífero si no está gobernado por una elección juiciosa. Dosifiquemos nuestras ocupaciones: deporte, paseo, juego, televisión, lectura... Un test: mi elección es buena si no tengo necesidad de buscar pasatiempos estériles o necesidad de matar el tiempo.

**El tiempo de servicio voluntario** es un signo de nuestra identidad scout o guía. Además hay que saber elegir nuestro servicio, dosificarle conciliarle con nuestras otras obligaciones. Descuidar su trabajo, su deber de estado, olvidar su familia, bajo el pretexto de “servir” no es muy admirable que digamos. El deber del scout y de la guía comienza en su casa, se continúa en la escuela, en la oficina, el taller, la tienda.... Pidamos consejo, busquemos día tras día el equilibrio de nuestras tareas.

**El tiempo de oración** nos ayudará a ello, en particular durante la Hora Ruta y el Momento Luz. Tiempo de recogimiento, de silencio sosegado, de evaluaciones, de elecciones; tiempo escucha de Dios, de respuesta íntima del corazón, de orientación hacia lo esencial, de coraje y de alegría renovadas.

Pero estemos bien convencidos: el tiempo de la oración no viene nunca a nosotros. Somos nosotros quienes debemos buscarlo, sacarlo, arrebatarlo, defenderlo frente a las solicitudes que cada día parecen más urgentes. De hecho, este tiempo de oración es el más precioso para nosotros y para los demás. Ver en él un tiempo muerto, perdido o robado a otros, no es para nada comprendernos a nosotros mismos, es ignorar a Dios. En realidad, es el Señor quien sirve, educa, salva: “Sin mí no podéis hacer nada” (Juan 15, 5). Debo frecuentarle porque él me cambia, me santifica, porque su gracia me traspasa y alcanza a los demás.

Son pues horas de plena disponibilidad que debo consagrar a entrevistarme con el Señor.

Cada mañana, el despertar nos devuelve, como a Adán, el primer día, presentes para el mundo, para los demás, para Dios. Ofrezcamos al Señor estos nuevos encuentros cotidianos, consagrémosle el nuevo día con los esfuerzos, los sufrimientos, las alegrías de la humanidad entera. Que la oración matinal sea un punto fijo en nuestra vida. ¡Dios siempre el primer servicio!

Por la noche, no esperemos el momento de acostarnos, después de incluso de haber estudiado y cenado, para dialogar con el Señor. Cansados, senti-

## Mi tiempo

remos la oración como el último obstáculo a franquear para caer en la cama; esto nos llevará reducir o ver como suprimir la oración. Coloquémola más bien inmediatamente antes de la cena, en un momento de plena disponibilidad: guardemos una breve oración para el momento del sueño.

Sepamos bien que la oración de la Iglesia universal es la oración del tiempo. El Oficio de las Horas, divino canto de los días y las noches del pueblo de Dios, consagra el trabajo, el descanso, la alegría, el sufrimiento del mundo; recompra, arranca el pecado, entrega a la gracia los días, las estaciones, los años, la historia; nos hace entrar plenamente en el misterio del tiempo cristiano: no un tiempo "cíclico", siempre volviendo a cero, estéril pues e inservible, del que no escapa más que por la búsqueda de la nada o del nirvana. El tiempo bíblico, cristiano, es lineal; se extiende desde la creación al Retorno glorioso del Señor; este término maravilloso da a la historia todo su sentido, a la vez que su dirección y su significado: tiempo de trabajo, de progreso humano y espiritual, tiempo de lucha, de sufrimiento, tiempo donde Dios habla y donde el hombre responde; tiempo de la paciencia de Dios, tiempo de la Iglesia, tiempo de testimonio, tiempo de la salvación que viene; tiempo envuelto por la eternidad; tiempo en el que cada instante puede ser, debe ser fructífero para mí, para los demás, para la gloria de Dios. Tiempo en el que un simple impulso del corazón me permite, sin quitar el instante de hombre, estar presente ante el Señor en su eternidad luminosa.

¿Mi tiempo?, que sea a la vez el tiempo de Dios y del prójimo, el tiempo de servicio, el tiempo del amor.

**Padre Barbotin**



Asociación  
Guías y Scouts  
de Europa  
Española  
MEMBRO DE LA FEDERACIÓN DE ESCULTISMO EUROPEO - FE

